

## EL MAESTRO

PEDRO SOLER VALERO

Decía Borges en uno de sus extraordinarios prólogos: “Lo que es común a un hombre, lo es para todos los hombres”. Tal vez su extraordinaria erudición le llevaba a no perderse en conceptos más particulares, y aunque en líneas generales podemos estar de acuerdo con tal principio, no es aplicable al caso que nos ocupa. Una enseñanza de calidad y eficiente, desgraciadamente no es común a todos los niños. Tampoco lo es, que todos los maestros tengan la formación debida, y si la tienen, que pongan el interés y tesón necesarios para que aquellas enseñanzas que han de impartir, lleguen a su destino con la claridad y fijeza necesarias. Por ello, cuando un niño inició su formación bajo la tutela de un buen maestro, lo que en un principio pasó inadvertido, llega un tiempo en que el recuerdo de aquel maestro, es ya un patrimonio íntimo e inestimable que le ha de acompañar el resto de sus días.

Tuve dos maestros en la infancia; Don Antonio Cruz y Don Saturnino Menchón. Este último era un hombre entrañable, pocas veces dado a la ira o al mal genio, su proverbial despiste lo hacía vulnerable y por ello más cercano. Sentado en su mesa, al costado de la ventana le veíamos al trasluz, cuando los rayos del Sol entraban limpios por los resquebrajados cristales. Sacaba su paquete de picadura y el librito de papel para liar los cigarrillos, después se pasaba la goma del papel por la legua, cerraba los extremos del pitillo, y una vez puesto en los labios, recogía de la mesa las briznas de tabaco que habían caído, y las introducía de nuevo en



Don Antonio Cruz

la petaca (El sueldo de un Maestro no daba entonces para desperdiciar nada). Paseaba con los dedos pulgares introducidos en los sobacos del chaleco siempre poblado por la ceniza de su cigarro, mientras en un sentido u otro recorría el pasillo entre los pupitres, vigilando que cumpliésemos nuestros deberes. Son tantos los recuerdos por los que Don Saturnino está tan entrañablemente incrustado en mi vida, que habría de dedicarle éstas letras que van destinadas a Don Antonio. Alguno había que despectivamente hablaba de él, cuando alguien le elogiaba, y decía que no era hombre de fiar porque había tenido afinidad y veleidades con la República.

Es extraño y curioso que haya de ser yo quien hable de

**Don Antonio Cruz Colomer.** Yo, que sin duda fui uno de sus peores alumnos. Que en más de una ocasión le hice perder la paciencia y la compostura exclamando: ¡¡Que cruz me ha caído contigo Perico!! Aún así, no cejó en el empeño de que abriese la cabeza y el ánimo al estudio. ¡Porque tonto no eres! —decía desesperado y con desánimo—. Pero mi indisciplina y rebeldía, le obligaron a ser conmigo adusto y en muchas ocasiones severo. A pesar de ello, y al igual que la mayoría, siempre aprecié el rigor y el interés de una vocación poco común por la pedagogía. Tanto tesón ponía en que sus enseñanzas encontrasen el cobijo que el buscaba en sus alumnos, que insistía didáctica y pacientemente en ello si adivinaba cierta dificultad. Pero se tornaba severo y hasta iracundo, si se cercioraba que tal dificultad era dejadez o falta de atención. La última vez que hablé con él se mostró afectivo y

cariñoso, me cogió del brazo (costumbre poco habitual en él) y me condujo hasta un café cercano a su casa. No cesó de preguntarme por mi vida, y ¡cómo no! me recordó cariñosamente los malos ratos que le hice pasar mientras fui su alumno, era uno de esos instantes que estamos delante de las personas que amamos, porque fueron importantes en nuestras vidas. Le dije que le estaba eternamente agradecido por una cosa en especial. A Usted —le dije— debo uno de los descubrimientos que han sido claves en mi vida, una de esas cosas que acabamos adoptando para siempre, y eleva el espíritu haciéndonos entender un mundo misterioso. Por él, los sueños descubren su importancia y su sentido. Observé

como sus ojos me miraban asombrados e impacientes. Me volvió a coger el brazo y me dijo: ¿Perico, que leche te enseñé yo para que me digas esas palabras? Usted –continué– me descubrió el mundo de la poesía, me hizo entender las metáforas, la música y el sentido de un verso afortunado. Aquello fue para mí un descubrimiento extraordinario, entré en él con la misma placidez que se entra un gozo verdadero. Fue una mañana en la que me castigó a quedarme una hora más en la escuela, y me puso como ejercicio las “Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre”, lo había copiado varias veces, pero cuando usted las leyó, ya supe que aquel sería uno de mis mundos. No debí de hacer tan mal aquel ejercicio, porque se sentó en mi pupitre y me fue diseccionando cada verso, cada metáfora, cada rima, el juego, las combinaciones, de los versos, y como a través de todo ello, el poeta le daba sentido a sus sentimientos.

Creo que en toda mi vida de estudiante no tuve descubrimiento más hermoso que aquel, y eso se lo debo a usted. Don Antonio no había soltado mi brazo, y cuando le miré a los ojos, los tenía turbios, a punto de que una lágrima se escapase de ellos. Se levantó y emprendimos el camino de su casa sin decirnos nada, y cuando ya abría la puerta, me dio un abrazo y un beso: ¡Perico! –me dijo– acabas de decirme una de las cosas más hermosas que he escuchado en la vida. Cerró la puerta tras de sí, y no volví a verle más.

Don Antonio pertenecía a una de las familias más numerosas, de las que he tenido conocimiento. Fueron dieciséis hermanos vivos, y tres o cuatro más, que no sobrevivieron a la dificultad, a la necesidad, o quien sabe porqué, la naturaleza a veces no permite tales excesos. Es de suponer que como tantos otros en aquellos años, una familia donde alimentar tal número

de bocas debía de ser un prodigio y una incertidumbre diaria. Por ello, la única salida para acceder a las letras, o a una manutención segura era el seminario, y Don Antonio se recluyó en él durante doce años, en los cuales es seguro que adquirió la formación que pretendía, para fuera de él resolver su vida por otros caminos, que no fueron los de evangelizar o propagar la fe. Desestimada ésta opción y abandonado ya el seminario, preparó las oposiciones a magisterio, y a tal magisterio inclinó su vida con dedicación e interés fuera de lo común. A pesar de su formación religiosa, durante aquellos años en los que hacer profesión pública de la fe, era un aspecto reconocido y recomendado para alcanzar otras metas. Don Antonio no se excedió en ello lo más mínimo (hablo por mi experiencia personal), diría que se atuvo a impartir correctamente los principios establecidos, sin excesos ni especial incidencia en ellos.



Don Antonio Cruz y Don Nicolás López en la antigua escuela de la Cámara Agraria, sobre 1962



Maestros y alumnos. Los maestros son: Don Nicolás López, Don Saturnino Menchón, Don Antonio Cruz y Don Ricardo Plaza, sobre 1957

En su vida privada tampoco fue un beato, mucho menos el típico me-apilas que tanto abundaba entonces. Cumplía con los deberes de su fe, más bien con discreción e intentado pasar inadvertido, tal como fueron todos los actos de su vida. No era hombre de bar ni de tertulia, difícilmente, y fuera de su labor como maestro, se le podía ver en charlas o celebraciones, sólo discretos paseos con Doña Luz por las afueras del pueblo. Después, con no pocos esfuerzos, dedicó desinteresadas horas y horas de su tiempo libre, hasta lograr que Sorbas tuviese una biblioteca pública. Que si no era un prodigio de biblioteca, si fue suficiente, y aún en demasía para el interés que por la cultura había en el pueblo. Por supuesto con aquellos libros que políticamente no estuviesen censurados, o la iglesia los tuviese inscritos en su Índice. Recuerdo verle alguna que otra tarde, numerando libros y etiquetándolos con aquel orden y pulcritud que le era característica; La escasa cabellera de los lados perfectamente peinada, la calva reluciente e impoluta, la barba rasurada al límite, y en su vestimenta ni mácula ni arruga, que denunciasen la discreción y parquedad que sus medios le permitían. Era el único

maestro (según recuerdo) que usaba batín para impartir sus clases, y un puntero de madera que siempre llevaba sobre su mano diestra, para señalar las anotaciones en la pizarra.

Seguramente la educación espartana y gélida del seminario, le hizo ser persona distante y observadora. Es posible también, que por su meticulosidad e interés en la misión que cumplía, pensase que cierta distancia con los alumnos era lo adecuado. Pero cierto es también, que cuando años después, ya lejos de su tutela accedí a él, me sorprendió por su afecto y cordialidad, incluso por el buen humor, el tono festivo y jocoso con el que recordaba los malos ratos que le hice pasar.

Aquellos años en los que “ser español era de las pocas cosas serias que había en el mundo” aún incluyendo la miseria y la oscuridad que habían impuesto. Don Antonio, con quien tenía confianza hablaba de la cultura de aquellos países que habían engrandecido al mundo. Aquellos cuya pérfida idiosincrasia era corrupta y equivocada, y cuyas fronteras nos estaban vedadas, salvo para aquellos que el destierro y el hambre les obligaba a franquearlas. Escasas eran las personas que sus medios le permitían desplazarse, y

un viaje que no fuese a los pueblos cercanos era impensable para la mayoría. Recuerdo la primera vez que me llevaron a Almería, en aquel autobús con las ventanas y puertas de madera, que chirriaba por todas sus juntas y parecía que se iba a deshacer en cualquier momento. El tiempo del trayecto dependía de los amigos y conocidos que al conductor esperasen en las paradas, y las invitaciones que estuviese dispuesto a aceptar. Por todo ello, y sin contar con tan amistosos encuentros, no se tardaba menos de dos horas, el resto ya

era imprevisible. Cuando volví al pueblo después de mi primera visita a la ciudad, hube de saciar la curiosidad de los amigos, relatándoles como era la ciudad; La cantidad de coches que por sus calles circulaban peligrosamente a escasa distancia unos de otros. La enormidad de sus edificios y las adoquinadas calles. Muchos de ellos pusieron en duda mi entusiasta relato, sobre todo el hecho de que los coches pudiesen circular tan cerca unos de otros, sin que los accidentes no fuesen continuos. Aún así, Don Antonio se permitía el lujo cada fin de semana, de viajar a la ciudad europea que le apeteciese, con la intención de comprobar lo que había leído sobre ellas. Nada hay más intenso que la necesidad de imaginar las cosas que nos están vedadas. Nada más vivo y etéreo, que soñar con aquellos lugares que siendo posibles no veremos nunca. No hay frontera imposible cuando detrás de ella están nuestros sueños, así lo debió de entender Don Antonio, que lejos de encerrarse en la melancolía y en el desencanto, cada sábado por la noche elegía una ciudad de Europa para cenar. Doña Luz preparaba la mesa con todas las galas y presentes de que disponía. En el centro de ella, un candelabro de bronce recién

pulido y abrigado, lo coronaba una vela cuya pálida llama iluminaría la velada. Una vez dispuesto todo, Don Antonio decía a su esposa: ¡Luz, ponte tus mejores galas! Esta noche cenamos en París. Dicho lo cual, disponía sobre la mesa y apoyadas en el candelabro, fotos de la ciudad del Sena: Nòtre Dame, Los Campos Elíseos, las calles de Montmátre, el Arco del Triunfo, etc. Es de suponer que unas patatas y unos huevos fritos con encaje, bien podrían ser un suflé, un bistec tártaro, o un solomillo con salsa de cangrejos, servidos en el más íntimo y cálido rincón de Maxim's. Puestos en situación, no es difícil imaginar la solemnidad y la ceremonia que tales cenas requerían; Ella intentando no perder detalle del lugar donde cenaban, y al mismo tiempo escuchando las explicaciones de su marido sobre los lugares que habían visitado. Notas de la historia de Francia y de su capital. La Comuna, donde Dantón defendió la Revolución. Versalles y el esplendor del Rey Sol. Una docta referencia a Víctor Hugo y a su obra cumbre; Los Miserables. En fin, tantas y tantas referencias como un espíritu curioso e inquieto, puede obtener de la historia de cualquier país, cuya cultura tenga claras referencias universales. Es difícil por lo exótico, pensar que un maestro de escuela en aquellos años de la posguerra, que no eran precisamente luminosos, hiciese volar la imaginación y el lirismo con tal ímpetu y decisión, para en las frías noches de los inviernos, en un perdido pueblo de la geografía española, se fuese cada fin de semana a cenar con su esposa, a ciudades donde nunca había estado y donde probablemente nunca iría. Y que para tal visita, se imbuyese de la historia, la cultura y la descripción física de calles, plazas y rincones que en su imaginación visitaba.

Aquel rigor y vocación por la enseñanza, fueron probablemente la causa, de que entre varias generaciones de jóvenes que estuvieron bajo su tutela, un promedio respectable de ellos fuesen destacados universitarios, pedagogos y nota-

bles profesionales. Siempre escuché hablar a todos ellos, con auténtica devoción de Don Antonio, y a más de uno decir con generosidad y reconocimiento, que la verdadera raíz de lo que había logrado estaba en aquellos primeros pasos guiados por sus enseñanzas. Alguno (como he dicho al principio) debería haber sido quien escribiese éstas líneas, más datos y propiedad que yo tienen para ello. En alguno delegué la autoría de ésta dedicatoria, de otros solicité información. De quien las tiene solicité anécdotas, fotos, detalles o material para construir éstas páginas. Todo fueron loas para el intento, ilusionadas promesas de que tendría todo lo solicitado. Al final, ni unos ni otros me suministraron nada. Así que éstas páginas son solo mis recuerdos, anécdotas que en alguna ocasión escuché y que la memoria retrae del sueño en éstas ocasiones.

Don Antonio se fue del pueblo solo, como de incógnito, sin que nadie saliese a despedirle. Ni homenajes, ni reconocimiento alguno a su labor. Se fueron él y su mujer, como si de viajeros de comercio se tratase, alguien que había llegado unas horas antes, para vender aceites, crecepelos, encaje de bolillos, o cintas de raso para pasamanería, y que cumplidas sus expectativas, subió al estribo del coche de línea en el mismo anonimato que hubo llegado. Esto fue así, días después de que todas las fuerzas vivas; Autoridades, cura, gente principal y no tan principal, derramasen loas y discursos después de una copiosa comida regada con ese áspero vino del país, al comandante de puesto, un sargento de la guardia civil que dejaba el pueblo por traslado. No digo yo, que un sargento del benemérito cuerpo, no sea digno ni merecedor de homenaje alguno, si méritos hizo para ello. Pero todos sabemos cuales eran los merecimientos, que un comandante de puesto podía acumular en su destino por aquellos años, por más salmos, bendiciones, discursos, medallas y placas municipales que pudiesen dedicarle. Es seguro que tal agravio comparativo, Don Antonio lo llevó

en silencio de por vida, y es seguro también, que por semejantes sutilezas sólo pisó el pueblo en muy contadas y especiales ocasiones.

De justicia y oportuno es, el reconocimiento a Don Antonio, que han querido hacer las personas que dirigen ésta revista, aunque la mayoría de ellos sólo saben de él por referencias. En mis manos pusieron tal encargo, con la intención de que buscara la persona idónea para realizarlo, finalmente y por las circunstancias que antes dije, he tenido que hacerlo yo. Pero puesto en el asunto, creo que es justo también el reconocimiento a aquellas escuelas y aquellos maestros, que anduvieron por caminos de precariedad extrema en todos los sentidos. Maestros que impartieron sus enseñanzas en medio de un control ideológico y doctrinal extremo, que a pesar de ello (salvo alguna excepción) no pusieron de cosecha propia interés en que el adoctrinamiento político, fuese más allá de lo que la ley y norma les imponía. Es posible que alguno me desmienta tal afirmación, pero de los dos maestros que guiaron mis pasos por las escuelas del pueblo, Don Antonio y Don Saturnino, mi memoria no tiene de ellos más que la imagen de su interés por mi aprovechamiento de las matemáticas y las humanidades. No en cambio su insistencia porque la glorificación del nacional catolicismo, al margen de las materias y actos obligados, fuesen el norte y la guía por donde mis pasos en la vida deberían de transitar.

Es posible que después de éstas letras, alguno diga que se ha perdido una buena ocasión, para hacer a aquellos maestros el homenaje que se merecían. Con toda seguridad la razón les asistirá, más me atengo a lo dicho anteriormente sobre la ayuda solicitada. Sirvan pues mis recuerdos y éstas páginas, para que tengan el reconocimiento que tantos del pueblo le debemos. En espera que, alguien con más ingenio, autoridad y conocimientos se lo rinda.